

# FAMILIA, EDUCACION Y AUTORIDAD

JOSE MANUEL ZUMAQUERO

## 1. *Diagnóstico de una situación*

En diversos países europeos se asiste durante estos últimos años a un gran debate en el que intenta conformarse, de forma más o menos definitiva, lo que haya de ser el sistema educativo del futuro. Los epígonos de las diversas corrientes filosóficas o pedagógicas, los líderes de diferentes facciones políticas, los portavoces de los grandes grupos de presión..., todos quieren aportar a la opinión pública y, si fuera posible, al ordenamiento jurídico de su país aquella solución que propugnan como la panacea, la solución ideal tanto a los problemas técnicos de la educación como a las cuestiones ideológicas que subyacen y que, sin duda, son el verdadero motor de la polémica.

Se afirma reiteradamente que las instituciones educativas están en crisis y se buscan con urgencia soluciones que las apuntalen y hagan resurgir con renovado impulso.

Como suele ocurrir en estas ocasiones, el gran público asiste impávido a esta confrontación dialéctica, como si no se ventilara en ella la misma forma de ser y de vivir del próximo porvenir, o como si este porvenir le fuese ajeno o indiferente.

Mas aún, puede afirmarse sin incurrir en error que los grandes protagonistas de la acción educativa —los padres de familia—, se mantienen poco menos que al margen de la discusión, a la defensiva; como esperando y temiendo que de forma fatal unas fuerzas exteriores a ellos y que no les son fácilmente dominables les arrebatase el derecho de educar a sus hijos.

¿Qué hacer en esta situación? ¿Cómo conseguir que estos grandes protagonistas de la acción educativa participen de frente y de verdad en la reivindicación de su derecho a decidir el futuro —cada vez más presente— de la educación? ¿Cómo lograr que los padres ejerciten ese derecho de acuerdo con sus convicciones?

No dudo que estas preguntas se las han hecho ya miles de padres a los que comienza a preocupar la situación. Pero el camino para encontrar las respuestas a esas preguntas no es fácil, siendo una de las mayores dificultades la falta de espacio vital para considerar con seriedad —y, si está al alcance, con claridad— cuál es la situación actual y hacia dónde vamos encaminados si no se produce un cambio de los vectores que mueven el entramado de la vida política y social; para reflexionar sobre lo que somos y sobre lo que queremos; y para imaginar las medidas que nos conducirían, al menos tendencialmente, hacia esa situación deseada.

La mayor tentación que se puede tener al intentar establecer un diagnóstico de la situación es comenzar mirando al exterior; el entorno, siendo digno de consideración, no es en este caso lo más importante, ni lo principal. Sin embargo, la experiencia nos dice con cuánta frecuencia se cae en la fácil solución de culpar de todos los males a una deficiente estructura educativa y, acto seguido, exigir soluciones —¿qué soluciones?— a los organismos competentes.

En caso de actuar así, los cambios, si llegan a producirse, son flor de un día; fruto que se envilece ante la falta de convicciones o que se torna agrio porque otras personas —que si *saben* lo que quieren— maniobran, casi siempre con el suficiente acierto, para cobrar ventaja.

No basta con una estructura que haga posible la actuación educativa de los padres; desde el punto de vista valorativo es mucho más importantes que los padres tengan convicciones profundas que hagan el papel de directriz de su hacer educativo. Por este motivo parece más razonable que el examen de la situación se encamine, en primer lugar, hacia el interior mismo de la institución a la que por mandato de la naturaleza le incumbe el principal protagonismo de la educación; es decir, hacia la familia.

Cuando se afirma que la familia es la primera célula educativa —los padres son los primeros educadores— no se olvida que

en la tarea educativa convergen la acción de varias sociedades, tantas como lazos de dependencia tiene el hombre desde que nace: familia, Iglesia y Estado. Sin embargo, la familia tiene una especial idoneidad para la educación ya que ha sido constituida por Dios con el fin específico de la procreación y educación de los hijos: "El padre es principio de la generación, de la educación y de la disciplina y de todo lo referente al perfeccionamiento de la vida humana"<sup>1</sup>. "El hijo es naturalmente algo del padre (...); por eso, es de derecho natural que el hijo, antes del uso de razón, esté bajo el cuidado del padre"<sup>2</sup>. En el mismo sentido se pronuncia el Magisterio eclesiástico: "Los padres tienen el derecho natural de educar a sus hijos,..."<sup>3</sup>. Y esta misión de educar que a los padres compete comprende las diversas facetas del amplio campo del perfeccionamiento humano<sup>4</sup>. Más recientemente el Concilio Vaticano II en la Declaración *Gravissimum Educationis* hizo la misma afirmación: "El deber de la educación, que compete en primer lugar a la familia..."<sup>5</sup>.

También organismos civiles internacionales, tales como la Organización Internacional de las Naciones Unidas y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, han reconocido este derecho fundamental de los padres a dirigir la educación de sus hijos<sup>6</sup>. Igualmente, diversos pactos internacionales reconocen y protegen ese derecho<sup>7</sup>.

Tenemos por tanto en la familia no sólo el principio de la generación natural, sino también el de la educación. Este principio es generalmente aceptado, pero las consecuencias prácticas que de él pueden derivarse dependen, en muchas ocasiones, de

1. Cfr. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, 2-2, q. 102, a. 1.

2. O. c., 2-2, q. 10, a. 12.

3. Cfr. LEÓN XIII, Encíclica *Sapientia Christianae*, 10 de enero de 1890; ASS 22 (1889/90) 403.

4. Cfr. C.I.C., c. 1113.

5. Cfr. CONC. VATICANO II, Declaración *Gravissimum Educationis*, en *Documentos del Vaticano II*, 3.ª Edición, BAC, Madrid 1975, p. 601.

6. Cfr. *Declaración Universal de Derechos Humanos*, proclamada por la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948, Artículo 26.3, en JAVIER HERVADA - JOSÉ MANUEL ZUMAQUERO, *Textos Internacionales de Derechos Humanos*, EUNSA, Pamplona 1978, p. 155.

7. Cfr. *Protocolo Adicional (N.º 1) al Convenio para la Protección de los Derechos Humanos*, de 20 de mayo de 1952, Artículo 2, en o. c., p. 276; *Convención relativa a la lucha contra la discriminación en la esfera de la enseñanza*, de 14 de diciembre de 1960, Artículo 5.1.b, en o. c., p. 361. *Pacto Internacional de Derechos Económicos Sociales y Culturales*, de 16 de diciembre de 1966, Artículo 13.3, en o. c., p. 553.

quienes sean los que son llamados a interpretarlo o a traducirlo en realidades.

No es infrecuente que personas e instituciones que proclaman y defienden el derecho formal de los padres a dirigir la educación de sus hijos, en la práctica hagan difícil o imposible el ejercicio de ese derecho; y tampoco es excepción el ataque frontal aun en contra de la institución que, según la naturaleza —y, a veces, según sus propias declaraciones formales— es el principal actor de la acción educativa. Esta actitud, sin embargo, no debe sorprender si se considera quiénes son los autores de estas acciones, cuáles son sus móviles y qué fines pretenden conseguir.

Son numerosos los padres de familia que sustentan la opinión de que estas cuestiones deben ser resueltas a través de una acertada acción política; esta actitud, con ser válida, no es sin embargo la única posible —no todos tenemos vocación política— y me atrevo a decir que en ella no residen las bases de la solución del problema. La acción política es también necesaria, pero sería estéril si los padres de familia no sabemos enfrentar con decisión y entrega una de nuestras misiones más trascendentes: la educación de nuestros hijos.

Por ello el primer paso debe estar dirigido, no a diagnosticar y actuar sobre la situación exterior, sino a examinar y mejorar los resortes educativos de la familia. Tarea aparentemente modesta y de poco relieve, pero que encierra la grandeza de lo trascendente, de lo que deja poso.

La grandeza y la fuerza de la familia reside precisamente en que es un medio óptimo para la educación; y ello es así porque al ser una institución natural está dotada para cumplir sus fines, uno de los cuales, como ya ha quedado dicho, es la educación de los hijos<sup>8</sup>. Esta natural aptitud se ve reforzada en la familia cristiana por la gracia de estado que poseen los cónyuges.

No obstante, se ha de tener en cuenta que al no ser la familia una sociedad perfecta, no dispone de todos los medios para alcanzar su fin. Por este motivo la familia necesita de la cooperación de la sociedad civil y de la Iglesia, sociedad perfecta de orden sobrenatural, que tiene el derecho y el deber de educar a sus fieles en los principios cristianos; este derecho, simultáneo con un deber, por lo que respecta a los no cristianos se constriñe a la enseñanza de las verdades naturales, verdades que puede y

---

8. Cfr. Pío XI, Encíclica, *Divini Illius Magistri*, de 31 de diciembre de 1929, AAS 21 (1929) 723-762.

debe proclamar con la autoridad que le confiere el hecho de ser depositaria de la verdad revelada que incluye —y supera en el orden de la gracia— los principios de derecho natural.

## 2. *Crisis de autoridad y crisis de convicciones*

Pero restringiendo el campo de estudio a los resortes educativos de la familia, desearía fijar la atención en dos aspectos que, en la actualidad, suelen presentarse en estrecha dependencia. Es obvio que estos factores a los que voy a referirme no se dan aislados de otros pero se encuentran, a mi entender, como en la base de la acción educativa. Me refiero a la autoridad y la intensidad de las convicciones de los educadores, y en este caso de los padres.

Se habla con frecuencia en nuestros días de crisis de autoridad; basta un somero examen de lo que a diario acontece en todas las latitudes para confirmar ese sentir común. Por lo general, todas las instituciones sufren, de forma más o menos virulenta, este mal. La familia no es una excepción en este aspecto; y por ello —entre otros síntomas— se presenta con alguna asiduidad cierta falta de firmeza en el comportamiento de los padres al educar a sus hijos.

Esta falta de firmeza —que en algunos casos puede ser la consecuencia de la debilidad de carácter— es frecuente que tenga su raíz en la poca profundidad de las propias convicciones, en el débil convencimiento de la veracidad y validez de las propias ideas. Los grandes medios de propaganda ideológica, la escasa defensa intelectual de muchos padres de familia ante la reiterada difusión de ideologías contrapuestas, puede hacer tambalear sus convicciones, puede hacerles dudar de sus ideas; y en una situación de duda, ¿quién puede imponer su autoridad?

Autoridad, ¿para qué?; la autoridad se ha de ejercer en función de unos fines que se consideran dignos de ser alcanzados como consecuencia de la aplicación de unos principios; si estos principios no existen o su valoración relativa es indiferente no es útil la autoridad. ¿Quién puede arriesgar tanto —autoridad ante los hijos— sin un mínimo de seguridad?

Sin duda en esta situación tiene también influencia decisiva el olvido por parte de los padres —y en general de los educadores— de que la verdad es un instrumento eficaz en orden a configurar la realidad y a establecer formas de comportamiento y reglas de conducta. Y por lo que se refiere a los padres y educadores cristianos cabe afirmar, siguiendo la doctrina del

Concilio Vaticano I, que en ellos el conocimiento de la verdad natural se ve reforzado por la Revelación que hace posible que ese conocimiento se realice “de forma pronta, con seguridad y sin mezcla de error”<sup>9</sup>.

Frente a un ambiente en ocasiones poco propicio para una recta educación, los educadores cristianos —y de manera especial los padres— deben saber además que esa verdad que ellos poseen —y que han de proteger celosamente— es el medio eficaz para influir en la sociedad; por ello, la familia cristiana no sólo debe ser el ámbito de educación de los hijos, sino que, además, debe y *puede* irradiar su luz hacia otras familias, mostrando cómo se hacen vida unos principios, cómo la alegría se hace compatible con el sacrificio, siendo como es el resultado de la entrega a los demás.

Hoy no sólo es necesario que los padres eduquen a los hijos sino que la familia entera —padre e hijos— se vuelque hacia afuera, ayudando a otras familias a configurar su forma de vida y siendo como centros de irradiación del mensaje evangélico. La familia cristiana está llamada a ser para otras familias un ejemplo de calor entrañable, de alegría, de comprensión, de entrega; especialmente en los momentos actuales, en los que la desorientación cunde y son muchos los que miran hacia la familia cristiana como intentando desentrañar el secreto de su encanto humano y de su reciedumbre sobrenatural.

Es evidente, como ha sido dicho con anterioridad, que toda esta labor de la familia está mediatizada por el arraigo de las convicciones de los padres cristianos. Es de notar, además, que esa inseguridad que a veces lleva a los padres a no exigir a sus hijos aquello que la prudencia aconseja, es decir, aquello que ellos creen y practican, constituye un peligro no sólo para los hijos, sino también para los propios padres: pasado un tiempo, estos dejarán de practicar y más adelante olvidarán hasta sus propias creencias<sup>10</sup>.

Por estos motivos, sería muy conveniente arbitrar los medios necesarios para reforzar las convicciones, para sustentar a los débiles, para confirmar en la fe; se ha dicho, con acierto, en una de las ponencias de este Simposio que estas medidas deben ir enderezadas a que mejoren los convalecientes y a que no caigan enfermos los sanos.

9. CONC. VATICANO I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, *De Revelatione*, DS, 3005.

10. Cfr. Pío XII, Enc. *Humani generis*, de 12 de agosto de 1950, DS, 3875.

No se trata, por tanto, de iniciar o mantener una defensiva ideológica contra un hipotético enemigo exterior; el primer y principal enemigo somos nosotros mismos. Se trata de fortalecer, de alimentar, de hacer crecer lo que ya se tiene, que es mucho y bueno.

Tampoco se trata de inventar nuevos y revolucionarios métodos, existen suficientes y variados; y la familia no ha cambiado tanto como para exigir grandes esfuerzos de imaginación en orden a hacer llegar un mensaje de siempre; un mensaje que tampoco es extenso aunque debe estar lleno de firmeza y seguridad, características que han de tener también sus transmisores como reflejo ineludible del propio convencimiento de la veracidad y validez de sus ideas.

Permítasenos terminar subrayando algo que en el ámbito de la educación tiene una reconocida importancia y que matiza la forma en que los padres deben ejercer la autoridad; este aspecto relevante al que nos venimos refiriendo es que la autoridad paterna, aunque se basa en el conocimiento y el convencimiento, no siempre puede ni debe formalizarse en pura enseñanza oral. Y ello es así porque cuando se trata de temas que comprometen la entera vida del hombre — y que, por ello, casi siempre exigen sacrificios— es la fuerza del ejemplo, la enseñanza hecha vida, el argumento mayor. “Los padres educan fundamentalmente con su conducta. Lo que los hijos y las hijas buscan en su padre o en su madre no son sólo unos conocimientos más amplios que los suyos o unos consejos más o menos acertados, sino algo de mayor categoría: un testimonio del valor y del sentido de la vida encarnado en una existencia concreta, confirmado en las diversas circunstancias y situaciones que se suceden a lo largo de los años” <sup>11</sup>.

---

11. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, n. 28.